

JOSÉ PEDRO GARCÍA PAREJO

ÚLTIMAS VIVIENDAS DISPONIBLES



Macleín *y* Parker

Primera edición
Octubre de 2024

Del texto
© José Pedro García Parejo, 2024

De la cubierta
© Johanna Failer, 2024
www.instagram.com/jo_failer

De esta edición
© Macleín y Parker, 2024
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección
Macleín y Parker

Diseño de la colección y maquetación
Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión
Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-8-5
Depósito Legal: SE-2345-2024



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

ÚLTIMAS VIVIENDAS DISPONIBLES



Yo vi cómo despedazaron una cucaracha aún con vida para introducirla por la angosta boca de un hormiguero. Abandonaron un trozo de ala, supongo que lo consideraron inútil. Probablemente conozcas esa tensión de mandíbula, causada por la consciencia de tu propia vulnerabilidad, que nace al presenciar algo así. Antes de eso y después de eso vi más cosas. Quizás por cosas como las que vi la gente piensa que fuimos derrotados por las hormigas. Pero no, definitivamente no fue por eso.

Aquella noche me apetecía un bocadillo de jamón. Aquella noche aún no conocíamos al niño Fabio; tampoco el significado de la palabra *siafu*. Durante el día pensé mucho en el bocadillo. Mi compañero de proyecto había vuelto a devolverme el capuchón del bolígrafo mordisqueado/babeado, pero probé a recitar mentalmente con la cadencia de un poeta argentino: «ey, bo-ca-di-llo-de-ja-món-món-món», y logré aplacar mis ansias de vaciarle un ojo con la punta del bolígrafo. Al día siguiente escondería el ratón de su ordenador en el frigorífico del *office* y sanseacabó, *vendetta* cumplida. Así que, tras fichar la salida, me pasé

por el supermercado de El Corte Inglés, uno de los escasos lugares burgueses donde pierdo pie, pese al fastidio que supone vadear en sus pasillos un río de maduras damas de moños grises y collares de perlas. Recorrería unos kilómetros más antes de llegar a casa, pero sin duda merecería la pena. Y así fue, compré exactamente el pan que buscaba: un bollo sevillano en su justa cocción. Y compré exactamente el jamón ideal: 250 gramos de Cinco Jotas Jabugo 100% ibérico.

Pese al capricho satisfecho los misiles de bruma no dejaron de planear por mi cabeza, y la culpabilidad no recaía en los sesenta y ocho *mails* de mi bandeja de entrada corporativa que urgían respuestas. La sensación de caminar por la montaña calzando mocasines italianos o la mano de un gigante descansando en mi pecho. Era algo más o menos así. Iba, por tanto, mascando aquella incomodidad de regreso a casa, en cada condenado semáforo en rojo, en cada cambio de marcha, sin importar que mis glándulas salivares se esforzaran en funcionar a destajo para alegrarme lo que restaba de jornada, utilizando el aroma del jamón que viajaba en el asiento trasero.

Basaba mi esperanza en postergar el asunto hasta que un chaparrón primaveral lo limpiara —y, de paso, olvidara— absolutamente todo. No obstante, Paula comenzó a referirse al hecho de «progresar en la vida» con más frecuencia de la acostumbrada en nuestros seis años de matrimonio anteriores. «Cariño, a veces es necesario ilusionarse con nuevos proyectos.» De repente, nuestros vecinos gritaban a deshoras; de repente, en el trastero faltaba espacio para guardar el árbol de navidad de plástico; de repente,

nos asfixiábamos en aquel agujero —Paula solía recurrir bastante al término *agujero* para referirse a nuestro piso, herencia de mis padres—. «Es cuestión de crecer.» Yo ya había visto sobre la mesa de la sala de estar, como el que ve una esquina meada por perros, una revista de decoración con sillas de diseño colonial marcadas con lápiz. Para colmo, los niños insistían en que el Momi los *miraba raro* cuando sacaba la cabeza entre sus cartones de la entrada de Mercadona. Traté de convencerlos de que aquel señor solo era un desgraciado e inofensivo vagabundo que desayunaba Don Simón y que jamás conseguiría mirar de otro modo. Si en aquellos días yo hubiese sido una playa, me hubiera llamado Dunkerque. Incluso estuve al borde de admitir que setenta y cinco metros cuadrados no era un espacio decente para cuatro personas. Un tufo a ultimátum emanaba de cada argumento de Paula. Sus palabras silbaban en el aire como estrellas ninjas y la situación aconsejaba una sesión de quiromasaje.

Definitivamente me encontraba en el típico cruce de caminos de los treinta y tantos años de cualquier individuo del género masculino. En la veintena es bastante sencillo escurrir el bulto entre discotecas, viajes fin de carrera y trabajos basura *para tus gastos*; eres demasiado joven aún, nadie te pide cuentas. En la treintena es tu *yo* verdadero el que debe afrontar los conflictos. Con los años he comprobado que las mujeres se desenvuelven mejor en este tipo de situaciones; no se formulan tantas preguntas a partir de los treinta; maduran, paren, asumen los obstáculos con mejor talante, acuden a la cirugía estética sin sonrojo y solucionan los dilemas con solvencia. Y, mientras tanto,

el hombre continúa con el mando de la PlayStation en las manos, creyendo que es la actitud correcta para alcanzar la madurez mínima que permite realizar una buena elección en los malditos cruces de caminos.

Yo ya sabía que elegiría la cobardía en este caso. En el colegio un abusón me ordenó que lamiera sus zapatos y simplemente lo hice y me alejé.

Aquella noche llegué a casa, besé a todos y me escabullí a la cocina a construir el bocadillo. «Papá, ¿huele a jamón?» Ellos cenarían crema de calabacín y merluza hervida: estaban *encantados*. Paula me deslizó un folleto del residencial con una sonrisa. Cuando desprendía alegría era realmente encantadora. Ni siquiera se había cabreado por mi desprecio hacia la crema y la merluza. *Últimas viviendas disponibles* y, justo en la parte inferior del folleto, una perfecta familia escandinava descojonada de risa, quizás porque acababa de gastar doscientos treinta y cinco mil euros.

Recuerdo que aquel bollo tenía una miga prieta espectacular. Se podía contemplar el amor verdadero en su greña. Mi compañero de proyecto dice que un bollo y un *chulo* son lo mismo, cuando es obvio que el bollo es de mayor tamaño y más picudo por los extremos. La gente no debería albergar dudas tan hirientes. Los niños rodearon el jamón loncheado y los espanté de dos manotazos al aire con ausencia de remordimientos. Agarré la cerveza más fría del frigorífico y me reuní con ellos en la mesa. En el primer bocado la fina corteza del pan y yo crujimos de excitación. Y el jamón, qué cojones, ¿qué puedo decir? Oh, Dios, lo tuve que despegar del paladar con la lengua y me trasladé a un paisaje de dehesa, rodeado de enormes

cochinos embarrados y encinas robustas, en una bella y húmeda mañana de otoño. ¿No es el bocadillo de jamón el mejor bocadillo del mundo?

—¿Y bien? —Paula esperó a que yo tragara por tercera vez.

—De acuerdo. —Me bebí casi toda la cerveza de un trago y el frío clavó sus uñas en mi garganta.

Y así fue como di mi brazo a torcer.

El frigorífico es demasiado accesible, pensé después. Es mejor esconder el ratón en la cisterna del váter del baño de la oficina, pensé después. Me alejé.

De madrugada me levanté un par de veces para potar. Paula trató de hacerme ver que no era conveniente cenar de manera tan contundente.

Para ser justo debo reconocer que aquella urbanización era de lo mejor que se había construido en la ciudad en muchos años. Se había levantado en los estertores de la burbuja inmobiliaria y la empresa, al comprobar que los precios comenzaban a caer en picado y que su ambición no quedaría saciada del todo, prefirió rodear la urbanización con una alambrada a la espera de tiempos alcistas.

Cuando el agente comercial abrió la puerta de nuestra futura morada no percibí la ranciedad que hubiera deseado. Diez años después la casa seguía resultando fantástica. Un diseño moderno y elegante. El dormitorio principal se estructuraba sobre una doble altura que te hacía sentir una especie de semidiós. Había mármol por todos lados. Paula no dejaba de acariciarme el brazo derecho. Transformaríamos el semisótano en una sala de juegos para